

sobre todos los puntos cuestionados, á tal de que le dejara su trono, prometiendo, si su hermano consentia en ponerle otra vez á prueba, darle toda clase de satisfacciones.

Napoleon contestaba que Luis no cumpliria su palabra; que, tras de empeñar las mas galanas y aun sinceras promesas, volveria á caer tan luego como retornara á Amsterdam en manos de los defraudadores y de los capitalistas holandeses, y caeria de fuerza para corresponder á ninguno de sus compromisos. No obstante, conmovido al ver á su hermano tan sin ventura, ablandado por los ruegos de su madre y de sus hermanas, todas las cuales pedian por Luis, haciendo justicia á la honradez de éste, á pesar de no ocultársele algunos de sus pensamientos culpables, Napoleon aljó de sus designios absolutos y manifestóse pronto á enviarle á Amsterdam de nuevo, para que allí reinara algun tiempo mas todavía, mediante condiciones que reconcentraran en sus manos el poder todo é hicieran la autoridad régia de Luis casi nominal al menos durante la guerra.

Habiendo producido cierta reconciliacion estas últimas explicaciones, se continuaron las relaciones de una manera algo mas directa, y se vieron los dos hermanos. Napoleon recibió á Luis en las Tullerías, le explicó sus designios, repitióle que su mayor deseo, como que era su necesidad mas perentoria, consistia en arrancar la paz á Inglaterra; que sin esta paz no habia hecho nada, pues su establecimiento y el de su familia quedaban en el aire, y en cuestion la grandeza de Francia; que para arrancar la paz á Inglaterra no habia alianza mas provechosa é indispensable que la de Holan-

da, que de continuo se arrepentia de haber tenido á su disposicion esta comarca, sin hacer de ella el mejor uso; que, para enmendar su falta habia resuelto sacar de allí cuantos recursos contenia, por las manos de su hermano, ó por las suyas propias; y que solo este motivo le inducia á pensar á veces en la incorporacion de aquel Estado, sin que entrara por nada la ambicion de ensanchar un imperio, vasto ya en demasia. Desenvolviendo tal tema con su vigor mental de costumbre, y hasta con buena fé, porque á la sazón le ocupaba mas la idea de vencer á los ingleses que la de ensanchar su territorio, dijo á Luis en una de aquellas entrevistas. Para que veais cuanta importancia doy á la paz marítima y cuán poca á Holanda, os afirmo que si los ingleses quisieran abrir una negociacion y tratar formalmente conmigo, no me ocurriria incorporar vuestro territorio, ni imponeros trabas, cuya dureza no se me oculta, y dejaria á Holanda quieta, independiente é intacta. Luego, como arrastrado por su asunto, siguió Napoleon de este modo. Los ingleses son los que me han obligado á ensanchar de continuo mi imperio; á no ser por ellos no hubiera tratado de la reunion de Nápoles, Portugal y España, pero he querido luchar y extender mis costas para acrecentar mis recursos. Si continúan como hasta ahora, me obligarán á que una la Holanda á mis costas, y luego las ciudades anseáticas mismas y por último la Pomerania y Danzich acaso. Esto es menester que tengan muy bien entendido, y vos deberíais dedicaros á hacer que lo supieran á las claras, ya que teneis posibilidad de ello por conducto de los negociantes de Amsterdam, socios de casas inglesas: aprovechadla



para que sepan los ingleses lo que les amenaza; informadles que se trata no menos que de la incorporacion de Holanda, que será de inmenso perjuicio para Inglaterra; y añadid que, si quieren abrir una negociacion y hacer la paz, salvarán vuestra independencia y se ahorrarán de un grave peligro. De aqui y acto continuo vino Napoleon á imaginar el abrir una negociacion con Inglaterra, fundada en la misma inminencia de la incorporacion de Holanda. Sus naturales debian explicarse en esta forma. El continente se halla pacificado: Napoleon acaba definitivamente de tomar puesto entre los príncipes legítimos, casándose con una archiduchesa de Austria: ha cubierto con sus tropas todas las playas del Norte; va á reformar el campo de Boloña, á lanzar sobre España una masa enorme de fuerzas, probablemente á repeler hácia el mar á los ingleses, á estrechar el bloqueo continental hasta hacerlo impenetrable, quizá á conquistar la Sicilia, y por consecuencia natural de su plan á ocupar la Holanda y á incorporarla al imperio francés para apoderarse mas por completo de los recursos que contiene. Se podía suponer á los holandeses enterados de tales peligros por declaracion ingénua que se les habia hecho otorgándoles algunos dias de plazo para ir á Londres á franquearse con aquel gabinete, y suplicarle que pusiera fin á una lucha que desolaba al mundo, y sobre todo que limitara un poder que crecía en proporcion de los esfuerzos que se dedicaba á restringirlo. Despues de concebir Napoleon la idea de este discurso, formó el proyecto de enviar á Mr. Roell á Amsterdam sin demora para convocar allí á los ministros; agregarles algunos miembros del

Cuerpo legislativo holandés; hacerles deliberar juntos sobre la situacion, y despachar despues en su nombre una persona segura á Londres que enterara al gabinete británico de lo que acontecia, y le suplicara que evitara á Europa la desventura de la incorporacion de Holanda á Francia.

Deslumbrado Luis por el proyecto de su hermano, quiso ponerlo en ejecucion sin la menor pérdida de tiempo. No era posible ocultar estos pormenores al duque de Otranto, confidente en toda la cuestion holandesa por la obstinacion que puso en serlo, y fué menester no callarle nada. Inflamándose el espíritu de este ministro como el de Napoleon al punto, discurrió contribuir á la paz y trabajar á fin de conseguirla por su propia cuenta y hasta forzar algun tanto á Napoleon con el mismo objeto, si la necesidad lo reclamase. Ufano de la reciente iniciativa que habia tomado con el armamento de los guardias nacionales al tiempo de la expedicion de Walcheren, halagado por los susurros que sonaron entonces, representándole como un genio osado, cuyo poder personal se habia mantenido hasta al lado de Napoleon, juzgaba que su importancia subiria de punto si, al sobrevenir la paz general, se le podia atribuir alguna parte de este gran beneficio, objeto de los votos del mundo entero.

Algo de tiempo hacia que Mr. Fouché figuraba como protector de Mr. Ouvrard; habiale permitido salir de Vincennes para arreglar sus asuntos rentísticos, y tenia la debilidad de escucharle en toda clase de negocios. Y no solo prestaba oídos á Mr. Ouvrard, sino á ciertos escritores realistas, que forjaban á la sazón planes, ofreciendo adherirse al



grande hombre llamado por la Providencia á cambiar la faz del mundo (1). A su decir convenia aprovechar la ocasion del matrimonio con Maria Luisa para celebrar una paz que abrazara el mar y la tierra, el nuevo mundo y el antiguo, que, dejando á la dinastía napoleónica sobre los tronos que ocupaba, atendiera á la casa de Borbon misma, á la rama que habia reinado en España como á la que habia reinado en Francia; pacificara asi las naciones, las dinastías, los partidos; y permitiera á los hábiles inventores de esta combinacion unirse mas y mas al poder reparador que satisficiera asi todos los intereses, sin excluir los de los Borbones.

Para lograr tales maravillas se necesitaba dividir la Península, dejar la mayor parte á José, y restituir lo demas á Fernando VII, procurando que se casara con una princesa Bonaparte: se necesitaba ademas consentir en la separacion de las colonias españolas ya operada, concederles definitivamente la independencia que por si mismas conquistarían á la postre, si no se adelantaba este paso; pero concedérsela bajo la forma monárquica y darles por rey (¡quién lo creeria!) á Luis XVIII, entonces heredero legitimo de la corona de Francia á los ojos de los realistas, y de quien no se dudaba que se daría por feliz de salir ya de su retiro para ascender al trono del Nuevo Mundo.

Tales eran las invenciones de los rentistas y de los escritores ociosos á quienes Mr. Fouché daba oídos. No citariamos estas puerilidades á no haber tenido gravísimas consecuencias.

(1) Estos planes existen y los he visto manuscritos en los archivos secretos de la secretaría de Estado.

Bajo el pleno influjo de estas inspiraciones é impaciente por contribuir á la paz, Mr. Fouché habia enviado un agente secreto á Londres para tentar al gabinete británico, y le habia enviado sin decir á Napoleon nada. Tan luego como oyó hablar del nuevo proyecto, apresuróse á poner allí tambien la mano, y aun buscó el mediador de la negociacion secreta que debia ser entablada. A la sazón se hallaba en Paris con motivo de asuntos rentísticos Mr. de Labouchere, gefe respetable de la primera casa de banca de Holanda, socio y yerno de Mr. Baring, que era por su parte gefe de la primera casa de banca de Inglaterra. Mr. Ouvrard, que le habia vendido fondos al tiempo de sus grandes especulaciones con España y hasta se habia servido de su mediacion para realizar en América algunos millones, le puso en relaciones con el duque de Otranto, y éste le trató con los miramientos debidos á un banquero opulento, entendido y probo. Apenas se habló de entablar una negociacion con Inglaterra, Mr. Fouché pensó en Mr. de Labouchere y le propuso; aceptado fué como perfectamente elegido y muy idóneo para una comunicacion de aquella clase, necesitándose un agente no oficial que ni la atencion llamara siquiera, y que sin embargo tuviera bastante peso para que se le recibiera y escuchara formalmente.

Hízose pues que Mr. Roell y Mr. de Labouchere partieran para Amsterdam, y entretanto se suspendieron todas las resoluciones de que podia ser objeto la Holanda. Luis hubiera deseado aprovechar la coyuntura para regresar á su reino; pero, no queriendo Napoleon dejarle marchar mientras sobre los asuntos de Holanda no hubiera nada con-



venido, le retuvo en Paris y obligóle á aguardar las primeras comunicaciones que Mr. de Labouchere trasmitiera.

Algunas dificultades hubo que zanjar sobre la forma en que esta negociacion seria seguida, sobre la autoridad en cuyo nombre habria que presentarse en Lóndres, y sobre la extension que se daria á las aberturas pacíficas de que se iba á hacer ensayo. Despues de maduras reflexiones pareció difícil convocar á los ministros holandeses y á los miembros del Cuerpo legislativo sin cacarear todo el asunto, y no conveniente presentarse así á los principales miembros del gobierno holandés hablando de la supresion de su patria, como de una providencia inevitable y casi natural, si Inglaterra no se apresuraba á precaverla con sacrificios. De resultas creyóse mas obvio enviar á Mr. de Labouchere, no en nombre del rey Luis, que no podia entrar en relaciones secretas con los ingleses, sino en nombre de dos ó tres de los principales ministros, como Mr. Roell, Vander Heij y Mollerus, suponiéndose iniciados por su rey en todos los secretos del gabinete de Francia. Por imposible se tenia que á un hombre como Mr. de Labouchere no se diera oídos, cuando llegara de su parte á declarar que, habiendo cambiado la posicion de Napoleon con su matrimonio, se podia obtener la paz si se deseaba sinceramente, y estorbar así nuevas invasiones, desgraciadas para la Europa, y sensibilibilísimas para Inglaterra. Sin formular condicion alguna, estaba autorizado Mr. de Labouchere para declarar que, si Inglaterra se manifestaba dispuesta á algunos sacrificios, Francia por su parte se apresuraria á concederlos tales que fueran propios

á satisfacer la dignidad y el interés de los dos países.

Convenido todo de una manera definitiva, Mr. de Labouchere se embarcó en Brielle clandestinamente, valiéndose de los artificios usados por ingleses y holandeses para comunicarse unos con otros, arribó á Yarmouth muy en breve, y al punto salió para Lóndres. Acabamos de decir que monsieur de Labouchere era yerno y socio de Mr. Baring al mismo tiempo; hay que añadir que Mr. Baring, miembro el mas influyente de la Compañía de las Indias, habia estrechado amistad con el marqués de Wellesley, antiguo gobernador de aquellas regiones, y hermano de sir Arturo Wellesley, que mandaba el ejército inglés en España. No necesitaba, pues, Mr. de Labouchere mas que presentarse para ser muy bien recibido, escuchado y creído: por lo que hace al éxito de lo sustancial de su mision, dependia tanto de las ofertas á que su autorizacion se extendia como de la situacion en que el gabinete británico se hallaba entonces, la cual era difícil por extremo.

Despues de la retirada de los lores Grenville y Grey, continuadores de la alianza efectuada entre Mr. Fox y Mr. Pitt, retirada que tuvo la cuestion de los católicos por origen, les sucedieron los exageradores de la política de Mr. Pitt bajo la presidencia del anciano duque de Portland, y continuaban en el mando á pesar de haber sufrido no escasos reveses. Ante todo, lord Castlereagh y Mr. Canning, el primero firme, laborioso, hábil, mas no elocuente, y el segundo por el contrario poseyendo en talento oratorio toda la superioridad que aquel tenia en el manejo de los negocios, se ha-



bian enclavado, malquistado y ofendido hasta el punto de retirarse del gabinete para batirse en desafío, sin que volvieran á sus puestos. Despues habia sucumbido lord Chatham por consecuencia de la expedicion de Walcheren, y el duque de Portland habia muerto. Su influencia heredaron en el gabinete dos personajes, Mr. de Perceval y el marqués de Wellesley: aquel era un abogado inteligente, dotado de cierta elocuencia, de carácter inflexible é imbuido en las mas ciegas preocupaciones de los torys: éste, por el contrario, llamado á reemplazar á Mr. Canning en el ministerio de Estado, juntaba al talento de mas luces y mas exento de preocupaciones, el raro don de expresarse sencilla y elegantemente. Menos ascendiente que Mr. de Perceval ejercia sobre el partido tory por ser menos apasionado, pero gozaba de consideracion inmensa, que la gloria de su hermano aumentaba de dia en dia.

No era por tanto grandemente solida la posicion de los ministros ingleses, aun cuando contaran mayoria en el parlamento, y mas alternando sus triunfos con sus desastres. Bien que la victoria de Talavera fuera dudosa y obligara á los ingleses á retirarse á Extremadura, para ellos tuvo dos ventajas, la de mantener al ejército francés lejos de Portugal, y la de conseguir hacer pie en la Península y cara á todo el poder de Napoleon. En desquite era para ellos un descalabro haber salido mal delante de Amberes con cuarenta mil hombres, sacrificando quince mil, unos muertos y atacados otros de calenturas casi incurables. Asi, tanto respecto de la situacion de los ministros como de la opinion del país sobre su política, habia

grande incertidumbre. Teniendo al frente dos insignes varones, lord Grenville y lord Grey, la oposicion en el parlamento, y contando ademas con el favor muy pronunciado del príncipe de Gales, á quien la vacilante salud del rey podia elevar de un momento á otro al trono ó á la regencia, sostenia que la guerra se continuaba mas allá de lo razonable; que por efecto de prolongarla, habia crecido de año en año el coloso, cuya destruccion se pretendia; que si Portugal se conservaba, España y Nápoles se habian perdido, y siguiendo asi, todas las playas del Norte hasta las bocas del Oder se perderian de igual modo; que particularmente la guerra de la Península era muy peligrosa, porque si Napoleon se arrojaba sobre el ejército inglés con cien mil hombres, no quedaria ni un soldado, siendo asi destruida la única fuerza capaz de defender el territorio; que cada dia se quedaba Inglaterra sin algun aliado, habiendo perdido ya á Suecia, y estando amenazada de perder á América en breve; que la hacienda se recargaba con un peso enorme; que el papel moneda se envilecia á todas horas y seguia su suerte el cambio; que se acercaba el momento de que las relaciones exteriores fueran ruinosas, y que persistir en política semejante, solo para no darse por vencidos, no era discreto, ni prudente. Tal era la sustancia de los discursos cotidianos de los lores Grenville y Grey, y fuerza es reconocer que alegaban sobrados fundamentos para propender á la paz en dictámen de cuantos no preveian entonces los extravíos á que Napoleon iba á ser arrastrado muy pronto. No obstante, fuera de los millones que anualmente costaba tan prolija lucha, fuera del corto número



de hombres que perecían en el ejército del lord Wellington, no muy considerable y el cual se reclutaba con voluntarios, resentíase poco la población británica del estado de la guerra, á que se puede decir que se había ya acostumbrado. Tampoco padecía aun gran cosa en su comercio, pues si había perdido las salidas en el continente, hallábalas muy importantes en las colonias españolas, recién abiertas á sus productos. No estaba amenazada de graves daños sino en el caso de que Napoleón consiguiera cerrar del todo las avenidas del continente á los géneros coloniales. Hasta entonces mantenía inmensas relaciones fuera, á pesar de la desventaja del cambio: sus manufacturas habían recibido prodigioso impulso: se había captado el afecto de los españoles: comenzaba á no experimentar inquietud por sus tropas, viendo que en la Península se mantenían perfectamente: y por último, salvo algunas quejas lanzadas de vez en cuando contra el *income tax* (contribucion directa) y mas bien por sus vejámenes que por su subida, Inglaterra con su silencio aprobaba la política del gabinete, sin entender que errara la oposicion clamando por la paz. De esta suerte el menor acontecimiento podía inclinar á uno ú otro lado la balanza.

Muy de otro modo pensaban los ministros y Mr. de Perceval especialmente, obstinado con el ciego furor de un tory en llevar adelante la guerra. Al revés el marqués de Wellesley, notable por su circunspeccion y por sus luces, no persistía con teson en la política del gabinete, y aun cuando la continuacion de la guerra proporcionaba á su familia mucha gloria, tantos riesgos corria y hacia

correr á Inglaterra, que estaba en continua zozobra. A la paz hubiera propendido por tanto, si se hallara con ofertas de entablar negociaciones formales, y sobre todo un ajuste aceptable relativamente á la España; pero le parecia grave imprudencia, en que no estaba dispuesto á incurrir de modo alguno, agitar la opinion pública por efecto de conferencias insignificantes; desviar los espíritus de la corriente que seguian con mansedumbre, para lanzarlos en la corriente opuesta sin seguridad de buen fruto; desaficionarlos á la guerra é impelerlos hácia la paz sin manera de asegurársela á la postre. Ya había obrado consuecion á ideas tan sanas respecto del agente secreto, enviado por Mr. Fouché recientemente, dándole una respuesta evasiva á tenor de la mision que tenia á cargo. Antiguo oficial en el ejército de Condé e. agente del duque de Otranto, y con algunas relaciones en Inglaterra, hizose presentar por lord Yarmouth, á quien conocia particularmente. Con urbanidad suma le recibió el marqués de Wellesley, y respondióle que, no habiendo abrazado Inglaterra el partido de sostener una eterna lucha, oiria palabras de paz siempre que se las trasmitiesen agentes públicos, suficientemente acreditados y encargados de proponer arbitrios conciliables con el honor de ambas naciones.

Habiendo anunciado Mr. Baring la llegada de Mr. de Labouchere como portador de comunicaciones importantes, lord Wellesley se apresuró á recibirle, tratándole con muchos miramientos y prestándole atencion suma; pero, despues de oírle, manifestó extremada reserva y se redujo á dar seguridades de disposiciones pacíficas en forma ge-



neral y vaga, repitiendo que si Francia se inclinaba á la paz sinceramente, Inglaterra se prestaría á ella de buen grado. Acerca de los verdaderos sentimientos del gobierno francés enuncio las mayores dudas, fundándolas en la misma oscuridad de la mision aquella, enteramente secreta en su forma, vaga por extremo en sus proposiciones, é impropia a zanjar ningun punto. No disimuló que ya se le habia hecho una abertura de igual clase, no ciertamente por varon del respeto que Mr. de Labouchere, pero idéntica en la forma y en la sustancia, por insinuar simplemente disposiciones pacíficas sin ofrecer de ellas el menor significativo testimonio. Con este motivo repitió que toda mision clandestina, toda proposicion incierta, que no diera esperanzas fundadas de un ajuste honroso para Inglaterra, seria completamente infructuosa. Poco afectado se mostró por Holanda y por el peligro de su incorporacion á Francia. Al paso que Napoleon hallaba á Holanda sobrado inglesa, el ministerio británico la hallaba sobrado francesa, llevaba á mal que durante la expedicion de Valcheren hubiera auxiliado tan poco á los ingleses, y daba á entender que entre el estado actual de aquel pais y su incorporacion á la Francia, la diferencia no era grande. No se formaba una idea clara ni preveia la extension de las trabas comerciales con que se amenazaba á Inglaterra, y de todos modos repitió que de mucho tiempo atrás se contaba allí con todos los actos imaginables de tirania á lo largo del continente de Europa, y que los ingleses se habian resignado á ellos de antemano.

Estas esplicaciones, inciertas como las aberturas

de que Mr. de Labouchere estaba encargado, iban acompañadas de testimonios afectuosos hácia su persona y de la reiterada seguridad respecto del gobierno francés de que si un personage cualquiera portador de poderes ostensibles, se presentara en Londres, podia contar con que seria recibido y admitido á entrar en tratos.

El marques de Wellesley, tan discreto como Mr. de Labouchere, se franqueó mas con Mr. Baring, y le dijo la verdad casi por completo. Afirmaba que ni él ni sus colegas habian formado de la guerra un eterno sistema: se cuidaban poco de restablecer á los Borbones de Francia en el trono de Luis XIV, y estaban prontos á tratar con Napoleon, aunque desconfiaban de la sinceridad de sus intenciones: creian que les tendia un lazo á impulsos del deseo de agitar la opinion pública en Inglaterra con una negociacion simulada, y estaban resueltos á no contribuir á la realizacion de cálculo semejante. Por estas causas no querian admitir mas que una negociacion oficial y solemne. Determinados á no dejar á José la España, á Murat la Sicilia, y á no desprenderse jamás de Malta, querian previamente que todo negociador fuera provisto de poderes tales que sobre estos puntos capitales se pudiera venir á un ajuste.

Adivinando lo que no se le declaraba, Mr. Baring, que era sagaz por extremo, reveló á Mr. Labouchere sus observaciones personales y le dijo que Inglaterra estaba resignada á la lucha, haciéndola ya como por costumbre, y no sufriendo aun lo bastante para ceder un punto: que, zozobrosa acerca de la suerte de su ejército, habia acabado por tranquilizarse, viéndole como en el centro de



la Península se hacia firme, por lo cual, para determinarla á la paz, se necesitaria un descabro á la sazón poco probable: que por entonces, no consentiria en ceder la España á un príncipe de la familia de Bonaparte; que era forzoso tenerlo así muy presente y no forjarse ilusion alguna sobre este punto. Hablando con toda libertad y buscando todas las combinaciones imaginables, Mr. Baring presentó como haecederó, no como seguro, y como emanado de él solamente, un acomodo que, dejando Malta á Inglaterra, adjudicara el reino de Nápoles á Murat, Sicilia á los Borbones de Napoles, y á Fernando VII la España, menos sus provincias hasta el Ebro, que podrian ser incorporadas á Francia por gastos de guerra.

Bien convencido Mr. de Labouchere, de que mas larga permanencia en Londres no le suministraría luz nueva, tornó á partir para Holanda á donde arribó por las vias seguidas antes, é hizo llegar á París, á fin de que el rey Luis lo supiera, el efecto de la comision que habia llevado y era absolutamente secreta para todo el mundo. Tras estas comunicaciones parecia evidente que España figuraba como el verdadero obstáculo que se oponia á un acomodo, y que habiendo ya oscurecido la gloria de Napoleón y mermado mucho sus ejércitos y su hacienda, seria en toda negociacion ulterior un estorbo insuperable para la paz, á no ser que en la Península se alcanzara sobre los ingleses un decisivo triunfo.

Por desdicha Napoleón se habia acostumbrado á la guerra de España como Inglaterra á la marítima, que sostenia contra el universo todo. Se resignaba á ella como á una de aquellas dolencias

graves que se aguantan por virtud de una constitucion fuerte, de las cuales se padece en ciertas ocasiones, se experimenta alivio en otras, y con que se vive, haciéndose ilusiones sobre no ser su gravedad tanta. Luego que supo la respuesta de Mr. de Labouchere, cesó de creer que pudiera alterar las resoluciones de Inglaterra, amenazándola con unir la Holanda á la Francia, y abrazó el partido de tratar separadamente y terminar acto continuo lo de las disputas con su hermano. Sin embargo, no queriendo que se disiparan totalmente las relaciones iniciadas por Mr. de Labouchere, dictó una nota de que se pudiera hacer uso, y cuyo sentido conviene conocer en sustancia. Si Inglaterra estaba acostumbrada á la guerra y sufría poco de resultas, estábalo por igual Francia y aun sufría menos. Francia se hallaba triunfante, rica, próspera, y aunque realmente condenada á pagar el azúcar y el café á precio muy subido, no así á carecer de ninguna de las dos cosas; y con efecto, la resarcian en sumo grado los nuevos azúcares inventados por la química moderna. El encaecimiento de las manufacturas habia dado á sus fábricas prodigioso impulso, y de esta suerte un mal transitorio venia á ser prenda de un progreso inaudito. Nápoles, España, el Levante, la facilitaban algodones bastantes en trueque de sus manufacturas, y si el mar estaba cerrado á sus naves, todo el continente proporcionaba ancha salida á sus telas, paños, muselinas y telas estampadas. Por consiguiente, podia sobrellevar tal situacion mucho tiempo. Dos años y medio contaba de duracion la guerra de España por que, obligado á marchar una vez mas contra Viena, no habia podido fijar allí su atencion



de plano; pero, ya en armonía con Austria, preparaba á españoles, portugueses, é ingleses, muy crueles sorpresas. Considerando en conjunto las cosas, no le venia mal una interrupcion de relaciones marítimas que fomentaban las manufacturas francesas, ni la continuacion de una guerra que, reconcentrando las fuerzas inglesas en el continente le iba á proporcionar la ansiada coyuntura de medirse cuerpo á cuerpo con ellas. Si á vueltas de tales circunstancias pensaba en la paz, era por que, unido á una archiduquesa en matrimonio propendiendo á acercarse á la vieja Europa, se inclinaba á terminar la lucha entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. No habia que esperar que sacrificase ninguno de los reinos que habia creado: nunca destronaria á sus hermanos José, Murat, Luis y Gerónimo; pero estaba pendiente la suerte de Portugal y de Sicilia; y estos dos paises, Hannover, las ciudades anseáticas y las colonias españolas, podian ser asunto de muy pingües compensaciones. Por otra parte, si era difícil entenderse acerca de estos distintos puntos, cabia en lo posible dar un carácter mas humano á la guerra. Promulgado habia Inglaterra las órdenes del consejo, á las cuales Napoleon respondió con los decretos de Berlin y de Milan, convirtiéndose de esta suerte el mar en un teatro de violencias. Inglaterra estaba mas interesada que Francia en poner término á semejante estado de cosas, como que la podía arrastrar á la guerra con los americanos. Si pensaba de tal modo, no habia mas que desistir de sus leyes de bloqueo; Francia por su parte desistiria de las suyas; entonces Holanda y las ciudades anseáticas quedarian libres é independientes; se vol-

veria á abrir el mar para los neutrales; tomaria la guerra un caracter menos acerbo; y seria posible que este primer sesgo hácia proceder mas moderados, trajera en pos una cabal avenencia entre las dos naciones, cuya lucha dividia, agitaba y atormentaba al mundo.

Tales eran las consideraciones que Mr. de Labouchere debia presentar á Mr. Baring, y este al marqués de Wellesley, siguiendo las vias que uno y otro estimaran mas convenientes para que llegasen á su noticia. Mr. de Labouchere estaba autorizado para entablar correspondencia escrita ó emprender nuevo viage á Londres, si lo creia necesario.

No habia mas remedio que volver á tratar de Holanda y abrazar un partido sobre ella, pues, aplazada indefinidamente la negociacion de que habia sugerido la idea, no podia arbitrar recursos para dirimir en beneficio de la paz las diferencias sobrevenidas. Napoleon queria una resolucion inmediata para llevar sin demora á cabo la clausura completa de las riberas del mar del Norte, y aunque persistiera en considerar la incorporacion de Holanda á Francia como el arbitrio mas seguro de conseguirla, viendo el sentimiento de su hermano, dando oidos á las súplicas de su madre y de sus hermanas, hallabase pronto á desistir de parte de sus exigencias. Ya, por afecto á la reina Hortensia y á la emperatriz Josefina, habia asegurado la suerte del primogénito de Luis, adjudicándole el magnifico ducado de Berg, vacante por el advenimiento de Murat al trono de Nápoles. Lejos de ver Luis en tal paso una muestra de afecto, estaba por el contrario en la persuasion de que se le habia querido ofender qui-